

Capítulo Tres - Persiguiendo la Luz del Sol

Jonathan rara vez se desplazaba sin un propósito, y sus dedos golpeaban impacientes el asa de su bastón mientras Johann guiaba la carreta por calles heladas. El vapor surgía de aquí y allá desde las tuberías de mantenimiento, que ventilan sus residuos, y las calderas del Barrio Industrial funcionaban a máxima carga. La vista le recordó a Jonathan algo más que añadir a su lista. Metió la mano en el bolsillo del chaquetón y, mientras la carreta se tambaleaba y botaba, hizo una pequeña anotación con lápiz, luego dirigió su mirada hacia el camino por delante.

Dejaron atrás las farolas alimentadas por gas; todo se convirtió en un tenue resplandor zint, cercano al Barrio Noble. Era más brillante, pero el azul-blanco parecía menos sincero que el cálido flujo naranja de gas ardiente que aún predominaba en el Barrio Industrial y en el Puerto. Lamentablemente, no tenía opción, ya que la dirección que Eleanor había dado se encontraba justo fuera del Barrio Noble.

Inesperadamente, ella lo esperaba fuera cuando llegó — un testimonio de cuánto debe haber detestado la historia que había inventado. Era verdad que nadie creería que cualquier expedición llevaría a un académico de clase alta, pero Eleanor nunca tuvo paciencia para fingir nobleza. Esa fue, en parte, la razón por la que se dirigió hacia el Consejo Espejado en primer lugar.

Johann bajó del carruaje y le abrió la puerta, su aliento formando nubes en el frío aire mientras Jonathan extendía la mano. Ella la agarró con una fuerza poco femenina y subió los dos peldaños del carruaje, acomodándose junto a él y metiendo las manos enguantadas en su abrigo. No fue sino después de que Johann alejó la carreta de la mansión que ella se relajó, alisándose un mechón de cabello que cubría su rostro.

"¡Malditos bastardos!", susurró ella entre dientes, y Jonathan la miró, pero Johann parecía no poder escucharla a través del divisor de vidrio. "¿Sabes dónde me meterson?"

"Eso fue en la mansión McAvey, ¿verdad?", preguntó Jonathan con tono ligero, divertido por su mal humor.

"Sí, pero mi hermana se casó con un McAvey. Tener que compartir la casa con ese pequeño hipócrita...", Eleanor se calló. "En fin, 8:20 en Mercy Park, en la esquina sureste del Barrio Noble."

Jonathan golpeó suavemente el vidrio y luego abrió la ventanilla pequeña que separaba la sección del cochero de la cabina del pasajero para transmitir la dirección. Johann asintió y accionó las palancas, guiando la carreta por las calles adecuadas, continuando su ascenso hacia el Barrio Noble. En las historias sensacionalistas—aquellas que leía por morbo en ocasiones—el mercado

negro siempre se encontraba en algún sótano del Barrio Puerto, lleno de humo tenue y luces bajas. Que en realidad estuviera en el Barrio Noble tenía más sentido, ya que casi todos los que usaban esos servicios eran personas influyentes y acaudaladas.

"¿Qué necesitas comprar allí, además?", preguntó Eleanor con desconfianza, todavía encorvada y con las manos enterradas en los bolsillos. "Supongo que contar con el respaldo de la Corona significaría que puedes conseguir cualquier cosa."

"No cualquier cosa, y solo si quiero que la Corona sepa", respondió Jonathan mientras golpeaba con los dedos el mango de su bastón, observando cómo pasaba la ciudad. "Hay cosas de las que preferiría no tener atención oficial."

"Diría que de todo", dijo Eleanor, con los labios curvados hacia arriba. "¿Para qué molestarse en que intervengan? Aunque supongo que estás algo atrapado."

"Así es", le recordó Jonathan con firmeza. "A menos que hayas decidido no acompañarme."

"¡Vamos, cómo iba a dejar pasar esto!", exclamó Eleanor. "Todo para sacudir a esos sanguijuelas del Consejo."

—¿Y el interés por la luz solar en absoluto? —preguntó Jonathan.

—Eh. No veo la utilidad. A mí, lo que realmente me interesa es el botín —Eleanor se enderezó, inclinando su cabeza hacia él y sonriendo—. Porque ambos sabemos que hay algo allá afuera. Vi todas las cosas en ese mapa.

—No anticipo dedicar mucho tiempo a explorar esos antiguos lugares —dijo Jonathan secamente—. Haberlos, habrá, pero es una proposición peligrosa. Simplemente seguir el mismo camino de mi última expedición será bastante difícil, y encontrar luz solar implica mucho más que mirar alrededor. Antes de que termine todo, estoy seguro de que Eleanor estará harta de ruinas y misterios.

—Sí, pero intenta detenerme —retó Eleanor, girándose para encararlo y sujetándose con la cinta del techo mientras el carruaje rebotaba en la esquina—. Prometiste que quizás podría librarme de esas personas. La única forma de lograrlo es conseguir algo lo suficientemente grande para que pueda comprar mi libertad.

—Cuando lleguemos a los puntos más lejanos, me aseguraré de que encuentres lo suficiente para saciar cualquier avaricia —dijo Jonathan, aunque en su interior dudaba que alguna vez la dejaran ir. No con lo que ella podía hacer.

Johann guió el carruaje por Mercy Park, donde varias grandes mansiones rodeaban una amplia franja de jardines con musgo y hongos, cubiertos de enredaderas. Las luces de zint estaban cuidadosamente colocadas en altos faroles, mostrando los colores que permanecían incluso en pleno invierno y asegurándose de que no hubiera sombras dentro del parque. Su destino se encontraba al final, una de las residencias de gran tamaño típicas del vecindario noble, con piedra blanqueada, dinteles tallados con orfebrería y un gran parque de carruajes para los invitados.

—No debería tardar más de una hora —dijo Jonathan al bajar del carruaje, extendiendo la mano para ayudar a Eleanor a descender.

—Estaré aquí, señor —dijo Johann, sacando una copia desgastada de uno de los antiguos libros de aventuras que Jonathan guardaba en su biblioteca—. Solo tengo un libro, si no le molesta.

—Ah, ese es bueno —comentó Eleanor, observando la portada—. Te gustará. Vamos, Jonathan. No creo que hayas estado aquí antes, ¿verdad?

—No, éste no —respondió Jonathan, extendiendo su brazo hacia Eleanor. Ella le lanzó una mirada de sorpresa, luego puso su mano en su brazo, reajustando su postura y expresión, tocando su sombrero en forma de bote de pastillas para asegurarse de lucir como una dama de alta sociedad. Aunque no le agradaba, Eleanor claramente había practicado para aparentar nobleza.

El mayordomo en la entrada principal aceptó su presencia con total aplomo, llevándolos al interior y, tras un susurro de Eleanor, a un ala trasera de la mansión. Allí fueron recibidos por un joven fanfarrón cuya sonrisa excesivamente amplia y su figura demasiado alta insinuaban, a ojos de Jonathan, que se hallaba bajo los efectos de lo que vendía. La mirada de hambre que se ocultaba en la parte trasera de sus ojos no tenía nada que ver con la juventud de Eleanor o con la caja de dinero al lado de Jonathan.

—Bienvenidos a la galería —dijo, manteniéndose casi demasiado cerca mientras los invitaba a avanzar, lo que hizo que Jonathan apretara con más fuerza su bastón—. Por favor, díganme si alguna de las piezas capta su interés. La felicidad casi maníaca en sus palabras puso los pelos de punta a Jonathan, y por la rigidez de su mandíbula, Eleanor también parecía molesta, aunque no podían ir a otro lado.

Las habitaciones a lo largo del largo pasillo de la llamada galería parecían más bien el estudio de Jonathan, repleto de trofeos y objetos diversos de tierras lejanas exhibidos, algunos benignos, otros que ningún hombre temeroso de Dios desearía tener cerca de sí. No había precios, y no todo estaba etiquetado. Para quienes no sabían leer, sería tentador y al mismo tiempo desconcertante recorrer las exhibiciones.

Jonathan no necesitaba recorrerlas. No quería recorrerlas, no cuando solo la vista de ciertos tótems retorcidos le hacía sentir garras rasguñando la parte trasera de su cerebro. Quizá los nobles decadentes que nunca habían salido de las murallas de Beacon los encontraban simplemente pintorescos y divertidos, pero él sabía mejor. Ninguna persona cuerda desearía tener una parte de esas cosas cerca.

Se apresuró, mirando brevemente cada galería hasta que encontró lo que buscaba. Una gran tapicería de un altar en llamas colgaba en la pared, lo cual Jonathan consideró bastante obvio. Además, era algo que los herejes del Culto de la Llama se habrían burlado. Eleanor entró en la habitación, ignorando los libros y las tabletas grabadas cerca de la puerta, y observó las ánforas y toneles de piedra negra descansando sobre pedestales a lo largo de una pared.

“¿Polvo de fuego?” preguntó Eleanor escéptica, alejándose de un trozo de lava bajo cristal, todavía con vetas naranjas en medio de la piedra negra, que parecía irradiar una sensación palpable de

intensidad asombrosa; una dulce afinidad que ardía con una ansia voraz de hundir dientes y desgarrar.

“De vez en cuando, el fuego es la mejor solución,” dijo Jonathan con firmeza. “Nada quema con más intensidad que esto.” Golpeó suavemente el tonel negro, con respeto por lo que contenía en su interior. “Cuando el calor no basta, nada arde más frío que eso.” Incluyó la cabeza hacia la ánfora, queriendo no moverla demasiado, aunque probablemente tanto el tonel como la ánfora estaban vacíos en realidad.

“Nunca he visto un fuego inextinguible en acción,” admitió Eleanor ajustándose nuevamente su sombrero. “El Rey Iluminado no mira con buenos ojos que se use ese tipo de cosas en Beacon.”

“No me sorprendería,” afirmó Jonathan. Los nobles que practicaban heresías ocultas podían ser tolerables, y era mejor no profundizar demasiado en cómo las familias más grandes obtenían su riqueza y poder, pero había límites que no debían cruzarse. Los inquisidores no eran compasivos.

“Si el honorable caballero está interesado en los, ah, artículos incendiarios en exhibición, podrían adquirirse algunas piezas adicionales,” dijo el caballero demasiado amigable, mostrando discretamente una serie de figuras garabateadas en una libreta. Jonathan las observó y apretó los labios, pero no había más que hacer que pagar. No había tiempo para viajar al sur, a la Forja de Dios, donde los herejes realizaban sus rituales sobre la gran cascada de lava.

Las llamas en frascos no eran su único interés. Algunas herramientas se habían perdido en la última expedición y, ante la falta de repuestos disponibles, había tenido que fabricarlas por sí mismo. La caja envuelta que el mayordomo entregó prometía muchas noches en su estudio, y el recibo aseguraba que sus suministros de combustibles serían enviados al Punto Danby, en el extremo este del reino, en una caja anónima entre muchas que cargarían antes de adentrarse en la oscuridad.

“Lo siento, señor, ese artículo no está disponible,” dijo el asistente cuando Jonathan inspeccionó una placa de roca negra, de color que devora la luz. Jonathan alzó las cejas y señaló en silencio el ejemplo en exhibición.

“Eso está reservado, señor,” respondió el asistente con fingida tristeza.

“¿Aun así, a doble precio?” preguntó Jonathan, sin ganas de regatear, pero el material era imprescindible.

—Aun así, señor —respondió el empleado, y Jonathan frunció el ceño, pero no hizo un escándalo. No allí. Echó una mirada a Eleanor y continuó, tomando nota de qué objetos sería necesario sustraer de sus dueños, si no directamente del mercado. Sería más sencillo dejar que Eleanor lo hiciera, pero de una forma u otra, todo se llevaría a cabo.

Salió de la mansión mucho más liviano en su cartera, aunque el gasto total no fue comparado con la reconstrucción de la Endeavor. Ya había gastado la mayor parte de la generosidad con la que había regresado, y había empezado a vender discretamente artículos de su colección y de la de su padre. Aunque Jonathan había planeado meticulosamente todo y dejado un margen considerable,

todavía le alarmaba lo rápidamente que se estaban agotando sus reservas.

—Necesito estos —dijo Jonathan tras subir al carruaje, rápidamente escribiendo una lista corta de ingredientes inalcanzables y entregándosela a Eleanor. —Te pagaré directamente.

—Por supuesto —contestó Eleanor con una sonrisa traviesa, tomando el papel y metiéndolo en un bolsillo. —Debería ser divertido. ¿Hay otros recados por los que pueda pagarme? —preguntó Eleanor mientras Johann cerraba la puerta tras ellos. Él se fue a la cabina del cochero para comenzar a conducir de regreso fuera de los terrenos de la mansión. —Prefiero no pasar más tiempo del necesario con la familia de mi hermana.

—Aún nos quedan meses antes de partir —dijo Jonathan, dejando que la diversión se asomara en su voz.

—Créeme, cada hora cuenta —murmuró Eleanor. Jonathan reflexionó sobre el asunto, golpeando suavemente con los dedos su bastón. Eleanor lo miró suplicante, y él tuvo que contener una risa. Conseguir sus provisiones era lo mejor que podía hacer para avanzar en la mayoría de sus preparativos, ya que había estado dedicado a esas tareas durante la refacción de la Endeavor, pero había una cierta tarea que era imprescindible para evitar retrasos innecesarios.

—Si no te importa hacer algunos trabajos aún más clandestinos —comenzó, y Eleanor se iluminó de inmediato, con brillo en los ojos. —Con la Corona interesada en esta expedición, no confío en que hayan dejado la refacción de la Endeavor en paz. Ni en el Consejo Espejado, para el caso. —Golpeó el cristal que separaba los compartimentos e indicó a Johann dónde ir, luego se recostó mientras el carruaje comenzaba a moverse abruptamente.

—Luego está la gente que atacó, a mí —agregó, ya que eso era un elemento impredecible. No había habido incidentes repetidos, pero eso no significaba nada. —La Corona no ha encontrado a nadie vinculado, pero supongo que es difícil obtener información de los cadáveres. Así que entenderás por qué puedo estar preocupado por el sabotaje.

—Sí —mordisqueó Eleanor sus labios, con la vista en la distancia unos instantes mientras ideaba el trabajo en su mente. —No sé mucho sobre el diseño de dirigibles, pero puedo investigar discreta, ver si hay alguien o algo sospechoso. ¿Tienes planos que pueda consultar? Al menos, he aprendido cómo leer planos.

—Eso es fácil —le aseguró Jonathan. Su finca estaba en camino a los astilleros, así que apenas significaba un desvío. Ella los observó, con el dedo tocándose los labios, mientras Johann guiaba el carruaje por los largos zigzags de la Promontorio de Haphan, con las grandes torres donde atracaban los dirigibles más visibles y nítidas. Los reflectores iluminaban las embarcaciones en los muelles, contra el negro vacío del cielo.

La Endeavor flotaba sobre el pilar más bajo en Crowley, Stanford y Moore, en una quilla de dique seco llena de grúas, stock de carisium y cajas cubiertas con lonas. Gran parte del buque había quedado gravemente dañado, pero la superestructura del sobreenvoltorio se salvó, junto con la viga principal, la figura de proa y, lo más importante, la placa de inauguración. Eso la convertía en solo una reparación, no en un buque nuevo; un punto esencial, ya que solo los necios y los locos

sacarían un barco completamente nuevo a los territorios selváticos y oscuros.

Cuando él salió del carruaje, Eleanor ya había desaparecido, disuelta en el aire como si nunca hubiera estado allí. No se podía saber cuánto tiempo llevaría su investigación, pero Jonathan confiaba en que ella hallaría su propio camino de regreso. Los pisos aún estaban en construcción, incompletos y sin condiciones para ser habitados, y él ya había revisado las especificaciones en los planos. Era una situación en la que ningún ingeniero cuerdo querría que el cliente tuviera su presencia molesta, pero él asumía la enorme coste de la remodelación, y por ello, la ilustre firma de ingeniería Crowley, Stanford y Moore no tenía otra opción más que ceder ante su deseo.

De quienes habían dado nombre a la empresa, sólo Crowley estaba allí para recibirlo, un hombre de proporciones heroicas y brazos como pistones, la cabeza calva reluciente como el metal que lo rodeaba. Un terrible accidente había silenciado su voz, sus cicatrices aparecían enrojecidas y rugosas en su cuello y mandíbula pálidos, pero no necesitaba hablar para comunicarse. Sus silencios eran más elocuentes que las disertaciones de la mayoría.

Ambos entraron en el paternoster gigante, que los elevó hasta el astillero seco donde la Endeavor estaba en proceso de reconstrucción. De cerca, Jonathan quedó impresionado por la magnitud del dirigible, mucho mayor que el que había experimentado anteriormente. Las vigas de carisium desnudas y los soportes del cubierta colgaban debajo del casquete, enredados con tuberías de cristal, depósitos para luces de zint y motores. Tres cubiertas completas, que recorrían toda la longitud del casquete, apuntaban hacia proa y popa y las góndolas para los motores ya estaban en construcción.

—¿Ha habido problemas con personas intentando colarse? —preguntó Jonathan, y Crowley hizo unos breves gestos que finalizó con un puño cerrado.

—Una decisión prudente —dijo Jonathan, golpeando su bastón contra el suelo y observando cómo los obreros gateaban por el armazón del piso para conectar conductos y tuberías. Un grúa integrada en la torre principal ondeaba una pieza de cubierta de carisium en un arco pausado, antes de que los trabajadores sudorosos la atraparan y la colocaran en su lugar. —¿Han decidido ya la armamentística?

Crowley transmitió ciertos detalles con la expresión de su boca y la tensión en su mandíbula, un movimiento rápido de su muñeca para abarcar el astillero. Cruzó los brazos, tan gruesos como los postes de una farola, y levantó una ceja hacia Jonathan. No era la respuesta que él esperaba, pero era lo que había anticipado. Por supuesto, la Corona interferiría, y aunque el equipo más nuevo era mejor, eso implicaba ciertos costos.

El Rey Iluminado no necesitaba dinero, pero la burocracia que empleaba no mostraba reparos en aprovecharse del proceso. Incluso la aristocrática máscara del rey no cambiaría esa realidad. Antomine era el sospechoso más probable de impulsar las mejoras en el armamento, porque probablemente no había comprendido que había demasiado en aquel mundo que la fuerza bruta no podía derrotar.

Eleanor realmente no necesitaba que distrajera a Crowley o a cualquier otra persona, pero él realizó su deber mientras estaba en el astillero y averiguó todo lo posible acerca del progreso en la

Endeavor. Todo quedó registrado en su pequeño cuaderno, aunque Jonathan dudaba que alguna vez tuviera que consultarlo. La ilustre firma de Crowley, Stanford y Moore no haría nada que pudiera dañar su reputación.

Él confiaba más en Eleanor. La gente frontal y honesta merecía reconocimiento, pero no tenían la suficiente astucia para detectar todas las trampas del mundo clandestino. Demasiados ojos estaban puestos en la expedición y una simple envidia podría motivar a los rivales profesionales de Jonathan a actuar en su contra, sin mencionar las facciones dentro del Consejo Espejado y la Corona.

Una vez en casa, pasó los días siguientes aprovechando los materiales que había adquirido. Algunas preparaciones requerían tiempo, tanto por precaución como por la misma naturaleza de la tarea. Los reactivos alquímicos tenían que infundirse, la madera pulida tenía que curarse. Eso le mantenía ocupado, confinado en su estudio.

—Eleanor.— La saludó sin levantar la vista de su trabajo, el único sonido en su estudio era el tictac del reloj. Un aparato de metal pulido y piedra enroscada yacababa, cada componente inocente por sí solo, pero formando algo doloroso a la vista en las juntas, donde se unían. —Ha pasado ya semanas. Comenzaba a preocuparme.—

—Oh, yo estaba perfectamente bien—, dijo Eleanor, que ya se había instalado en la silla frente a él. Extendió la mano para dejar los planos sobre su escritorio, luego se estiró y se recostó contra el reposabrazos. —Fue la diversión más grande que he tenido en mucho tiempo. ¿Te imaginas cuántos secretos circulan por ese astillero?—

Jonathan la miró, tomando un paño pequeño y cubriendo su trabajo. Enseguida, la habitación pareció más luminosa, o tal vez más pequeña. Eleanor parpadeó, mirando las arrugadas y onduladas pliegues de seda tejida con cierto desdén, y se frotó los ojos.

—¿Nada demasiado clandestino, espero?— preguntó con tono suave, sin interés en enredarse en los negocios de otros.

—Lo de siempre. Contrabando, artefactos, sobornos, espionaje—, encogió los hombros Eleanor y metió la mano en el bolsillo de su abrigo largo para sacar un trío de esferas de cristal que hizo girar en la palma. —Hubo un agente de la Corona y otro del Consejo en el Endeavor. Fue divertido verlos fingir que no sabían nada el uno del otro. Aunque, esto lo saqué de algunos tanques de zint, no sé quién los colocó allí ni cómo deben activarse.— Ella soltó las esferas de cristal sobre su escritorio y Jonathan extendió la mano para examinarlas.

Solo sabía un poco sobre cómo funcionaban los mecanismos de zint. Los secretos más profundos del terestritum luminífero estaban fuera del alcance de la mayoría, ya fuera por inclinación o por diseño, pero podía entender los conceptos básicos. Una sola púa, impulsada por un mecanismo diminuto, rompería la esfera de cristal desde adentro y liberaría su contenido.

—Parece que hemos llamado la atención de alguien desagradable—, dijo poniéndolas de nuevo sobre la mesa. —Aunque me sorprende que esa fuera la única sabotaje.

—Oh, no lo fue—, Eleanor agitó la mano. —Pero los empleados del astillero encontraron el resto y se encargaron del trabajador que lo hizo. El problema es que fue la viuda Hardiman quien pagó al hombre.— Ella le lanzó una mirada significativa y Jonathan suspiró, recostándose en su silla y cerrando brevemente los ojos. La capitán Hardiman había sido una buena amiga, pero la esposa mucho menos. No se requería una percepción especial para entender cuán ofendida podría sentirse al ver que Jonathan, el único superviviente, simplemente estaba contratando otra expedición como si nada hubiera ocurrido.

—Eso poco se puede hacer—, concluyó. —Simplemente tendremos que— Fue interrumpido por unos golpes en la puerta.

—Disculpen la intromisión, señor—, la voz de Agnes flotó a través de la puerta cerrada. —Ese caballero está en la sala de enfrente otra vez. Señor Antomine.—

—¿De verdad? ¿Justo ahora?— Eleanor se levantó, echando un vistazo a la puerta del balcón.

—Las coincidencias son de esperarse, pero no esa—, estuvo de acuerdo Jonathan. —¿Alguien en el Consejo sabe que has venido a verme?—

—Oh—, frunció Eleanor el ceño—. Ese hijo de—

—De todos modos, tendrías que haberme conocido, dijo Jonathan. —Quizá ahora sea tan buen momento como cualquier otro.

—Bah, —dijo Eleanor, desprendiéndose de su sobretodo para revelar un vestido modesto debajo, y colgando la prenda pesada en el perchero junto a la puerta.

—Algún día tendrás que contarme qué le hiciste para molestar a alguien en el Consejo —dijo Jonathan.

—No —replicó Eleanor brevemente, acomodándose en su sillón. —No lo haré. —Jonathan levantó las cejas ante eso, pero se encogió de hombros. No era asunto suyo.

—¿Puedes pasar un momento, por favor, Agnes? —Llamó, levantando un poco la voz. La puerta se abrió y su sirvienta entró en la habitación, con los ojos ligeramente abiertos al ver a Eleanor sentada en el sillón.

—Esta es Eleanor McAvey —dijo Jonathan, usando su alias. Por respeto a él, era el mismo nombre que él conocía, aunque no era el nombre con el que ella había nacido ni, por supuesto, con el que se usaba en otros ámbitos. —Ha estado aquí durante las últimas horas.

—Por supuesto, señor —dijo Agnes, comprendiendo de inmediato y haciendo una pequeña reverencia. —¿La dejó un carruaje, verdad?

—Eso será suficiente —asintió Jonathan—. Muestre al señor Antomine, por favor.

—Por supuesto, señor —respondió Agnes, cerrando la puerta tras ella al salir. Eleanor la observó alejarse.

—Debería trabajar para el Consejo, con nervios tan firmes como esos —dijo Eleanor, tocándose los labios pensativa.

—Ni se te ocurra —le advirtió Jonathan con una mirada de advertencia, y Eleanor se echó a reír. La puerta se volvió a abrir, y Agnes hizo pasar al peculiar hombre de pupilas blancas. Estaba vestido de blanco, igual que antes, aunque su atuendo parecía algo más grueso por el clima, y le dirigió a Jonathan una sonrisa juvenil en cuanto entró.

—Qué bueno volver a verte —dijo, volviéndose hacia Eleanor—. Y a usted, señorita...?

—Eleanor McAvey —dijo ella, extendiendo la mano con la palma hacia abajo. Antomine la miró brevemente y luego se enderezó.

—Mi nombre es Antomine. Supongo que usted es una de las pasajeras.

—Así es —dijo Jonathan, descansando las manos sobre su escritorio y entrelazando los dedos—. La señorita McAvey viajará con nosotros. —Puso un leve tono de dureza en su voz, dejando en claro sin palabras que no estaba de humor para cortesías.

—Entonces, me alegra haberla conocido ahora —dijo Antomine alegremente—. Pasaremos mucho tiempo juntos, después de todo.

—Es cierto, pero no esperaba encontrar a alguien más antes de subir a bordo —replicó Eleanor, con lo que parecía una sonrisa sincera en el rostro—. ¿Qué le trae por aquí, señor Antomine?

—Pues, a discutir la expedición, por supuesto —respondió Antomine, volviéndose hacia Jonathan y adoptando una expresión de dolor—. Me ha llegado a mi atención que algunos de los materiales acumulados para nosotros en Danby's Point no son del todo legales.

—Espero que se haya asegurado de que nuestros suministros no fueran alterados —dijo Jonathan, con los labios apenas curvados hacia atrás, mostrando desdén hacia el joven ante él.

—Y esperaba que pudiera decirme que fue un error —negó lentamente con la cabeza Antomine—. El contrabando ha sido incautado, por supuesto, pero las nuevas armas zint que ordené para la Emperatriz deberían ser inmunes a lo que puedan esperar.

—No lo serán —dijo Jonathan con tono plano—. Y sus armas son un gasto inútil. Mi dinero, señor Antomine, no el suyo ni el de la Corona. —Deberá enviar un mensaje para que consideren los suministros en estado de preparación para nuestra llegada. Todos los suministros.

“¡Por supuesto que no!” Antomine quedó consternado. “No necesitamos esas cosas terribles, poco agradecidas y prohibidas. Solo se requiere un armamento adecuado, iluminado. Nada de ese tipo de instrumentos.” Su mano empezó a dirigirse hacia el aparato cubierto con tela sobre la mesa, pero la mano de Jonathan se estiró para sujetar la muñeca de Antomine. El joven intentó zafarse, pero

tropezó al sentir que su agarre no cedía.

—Señor Antomine—, la voz de Jonathan se cortó como un látigo—. Esta es mi expedición. Usted fue impuesto sobre mí. Soy un buen y leal ciudadano de la Corona, pero no un esclavo. Lo que usted crea o desee no determina cómo se conducirá esta travesía.

—¿Rechazaría al Rey Iluminado?—, los ojos de Antomine brillaron con inquietud, y nuevamente Jonathan sintió la daga en su garganta, pero esta vez no se dejó intimidar. Solo recordó su objetivo y esa luz singular, distinta a cualquier otra en el mundo. Con eso, su determinación ardía con intensidad, y miró con desafío a Antomine.

—Tomar un barco aquí es la manera más sencilla, pero si usted, no el Rey Iluminado, sino específicamente usted, insiste en sabotear la expedición, tomaré otras medidas. ¿Tal vez los herejes en la Forja de Dios, o los Invidus Croft?—

—¡Y se atreve a llamarse buen y leal ciudadano!—, exclamó Eleanor, cortando la tensión como un filo. —Eso es casi imposible mientras la Inquisición lo tenga en una celda de detención.—

—¿Y quién se los va a decir? ¿Usted?—, Jonathan se levantó de su silla, de repente dominando la habitación con su presencia, mientras las sombras y las esquinas parecían retorcerse a su alrededor, y sus ojos fríos se clavaron en los pálidos de Antomine.

—¡Señores!—, Eleanor interrumpió, rompiendo la atmósfera congelada—. No hace falta tanto alboroto. El señor Antomine actuó, en efecto, con las mejores intenciones para la expedición—, aunque—. Comenzó a extender la mano hacia donde Jonathan sujetaba la de Antomine, pero se detuvo. Los dos hombres se miraron, y por acuerdo mutuo, relajaron ligeramente su postura. Jonathan soltó a Antomine cuando la llama en los ojos del joven se apagó.

—El señor Heights ha participado en seis expediciones exitosas y conoce, digamos, las realidades pragmáticas de operar tan lejos de Beacon—, continuó Eleanor, sonriendo con simpatía a Antomine mientras él se frotaba la muñeca—. Estoy segura de que escuchará y valorará todas las aportaciones que tenga, señor Antomine, pero solo él posee el conocimiento necesario para mantenernos a salvo allá afuera.

—Yo y el capitán Montgomery—, dijo Jonathan con tono áspero, sin quitarle el ojo de encima—. El joven puede complicar las cosas, pero si el Rey Iluminado en persona se ve involucrado en esta disputa, Antomine probablemente saldrá perdiendo. Antomine pareció comprenderlo también, tras el breve rubor de emociones que atravesó su rostro, y con cierto recelo inclinó la cabeza.

—Quizá me excedí un poco en mi entusiasmo, pero todo fue pensando en la seguridad y protección de su gente—, sus ojos pálidos brillaron, y las luces de zint en el estudio parecieron intensificarse—. Puedo entender que en la región salvaje y oscura puedan requerirse soluciones no convencionales. Pero tengan la certeza, señor Height—, que hay límites.— Una vez más, Antomine se dirigió al paño, y esta vez lo apartó para mostrar el mecanismo del labor de Jonathan. Bajo la brillante luz de zint, toda esa enrevesada maquinaria, llena de giros imposibles y vueltas retorcidas, se volvió inofensiva a la vista, difusa y mundana.

—Créame, vigilaré cada movimiento minuciosamente—, afirmó con firmeza—. Por ahora, tengo mensajes que enviar. Señor Height. Señorita McAvey.— Les dedicó un ademán de despedida antes de volverse y salir del cuarto. Las luces volvieron a su ritmo normal, y Jonathan arrojó la tela de nuevo sobre el aparato, que había recuperado su inquietante capacidad de girar la vista de un lado a otro.

—Va a ser problem, eso seguro—, dijo Jonathan después de un largo silencio. Eleanor suspiró profundamente y se dejó caer en su silla.

—Dímelo a mí. ¿Piensas deshacerte de él?—.

—No—, respondió Jonathan, llevando la mano hacia la tela y lo que había debajo—. Por más que me duela admitirlo, puede que sea útil.

—Eres el jefe—, dijo Eleanor—. Mejor voy a consultar qué tiene el Consejo Espejo sobre él. Es lo suficientemente raro como para que, al menos, circulen rumores. Ella no mencionó qué había hecho con las luces Zint, y Jonathan tampoco lo hizo.

—Agradecería eso—, afirmó Jonathan, aunque sabía que no obtendría toda la información.

Tras la salida de Eleanor, escribió varias cartas a ciertos implicados en la reforma, informándoles sobre la viuda Hardiman. Ese problema en concreto era fácil de resolver, pero insinuaba una dificultad mayor: no era realmente bienvenido en Beacon. Todo su crédito social había sido hipotecado o destruido, y su reputación profesional solo servía para enemistar rivales. Las vías y los recursos estaban cerrados para él.

Nunca tuvo la intención de regresar, y no temió al usar puentes quemados como guía. Sin embargo, enfrentarse a mezquindades tan insignificantes complicaba la identificación de peligros reales, como el sabotaje que Eleanor había logrado neutralizar. Además, estaba Antomine, una problemática que solo empeoraría cuanto más se dejara estar.

Deberían partir cuanto antes.

Revisión #1

Creado 10 septiembre 2026 06:17:30 por Jessica Jones

Actualizado 10 septiembre 2026 06:17:30 por Jessica Jones